caso, se entiende la belleza, la gracia... las maneras elegantes... —Y con esto me quedé poco más ó menos como antes. Para mí fué, sin embargo, un encantador espectáculo la sala, el triple orden de palcos, la araña, las luces del proscenio, y sobre todo el telón pintado, que representaba una revolución del pueblo, contra un señor feudal de la Edad Media; la comedia no me pareció más que un accesorio de aquellas maravillas. Y á la salida hice reir á mi padre, exclamando con entusiasmo: —¡Ah, cuánto me he divertido! ¡Padre mío!—Aun privándose él de muchas cosas, nos procuraba todo género de diversiones, y cuando mi madre le hacía alguna observación sobre el gasto, solía contestarla: —¡Eh, pobres hijos; embellezcámosles la vida todo lo que podamos; ¿quién sabe cuál será su porvenir? Que tengan al menos un querido recuerdo de sus primeros años.

En aquel año, sin embargo, todos los placeres que me procuró mi padre fueron turbados por la imagen del pobre gato, cuya muerte... me había separado del camino de la violencia y de la sangre.

QUI, QUAE, QUOD

Aún no tenía ocho años cuando empecé el latín en la escuela pública en la clase de *Primera de Gramática,* como se llamaba entonces el primer curso de Gimnasio. (Demasiado pronto.) Vengan á pensar conmigo los padres que tienen la manía de que los hijos acaben cuanto antes los estudios, como si el buen éxito en el mundo no dependiera de una infinidad de motivos íntimos y exteriores, todos ellos imposibles de prever, y frente á los cuales la dudosa ventaja de concluir los primeros estudios, un año antes ó un año después que los demás, no representa casi nada. Esta manía no la tenía mi padre, que quiso únicamente hacer un ensayo, que si no al pronto, al fin falló; y no sin daño para mi, porque aquel «demasiado pronto» me hizo sufrir un martirio inútil en los tres primeros años de latinidad, que, sin embargo,

eran entonces menos difíciles que ahora.

Me hizo el efecto de un cuartel, cuando entré por primera vez, aquella enorme sala repleta de muchachos, muchos de los cuales tenían tres ó cuatro años más que yo y me parecían hombres; y me despertó un sentimiento de medroso respeto aquella gran cátedra de forma de púlpito, alzándose sobre los bancos como un castillo feudal sobre las casuchas de un pueblo. El profesor, hombre como de unos cuarenta años, de semblante aristocrático y grave, siempre enfundado en un gran balandrán obscuro, que le asemejaba á un cura secularizado, nos hacía decir las oraciones en coro al principio y al fin de cada lección; y por más que rigiera hacía seis años el Estatuto, entre una y otra declinación, pegaba con frecuencia y de firme; y también él, como mi primer maestro, de mejor gana á los de ropa tosca que á los de trajes más finos. Salvo esta parcialidad, no era un mal hombre, y enseñaba con buen método; no estaba, sin embargo, en su mano el hacer digerir el latín á un estómago de siete años y medio. De todo aquel año conservo un recuerdo confuso de ingratas tareas, de sueños afanosos y de llantos.

El único recuerdo alegre es el del día del santo del profesor, que solíase festejar entonces en todas las escuelas inferiores, con un regalo colectivo, para el cual toda la estudiantina se daba cita quince días antes. El regalo se hizo aquel año de un modo sumamente cómico, que merece la pena de contarse para dar una idea de los usos escolares de aquel tiempo. Pusimos cada uno seis reales, y se compró un mazapán de España, no sé cuantas botellas de vino Barolo, y un gran ramo de flores. En la última reunión que tuvimos por la calle, el tesorero general, hijo de un fondista, nos anunció que de lo recaudado sobraba la suma de real y medio. ¿Qué hacer de esta cantidad? Fueron diversos los pareceres, se discutió, y por fin fué acogida por unanimidad la idea luminosa de un droguerillo, lleno de ocurrencias siempre, el cual, acordándose de que el profesor cada quince días tenía tos, propuso que se coronara el regalo con ¡real y medio de pastillas de goma arábiga!

Y ¡cómo se llevó el regalo á la casa! *Coram populo,* en pleno día, como el Santo Sacramento, y por toda la comparsa: el mazapán de España, descubierto, á la cabeza,

llevado por el más alto de la clase; luego, uno, con el ramillete sostenido en alto como flabelo papal; luego, otros ocho ó diez, cada uno con una botella en la mano; y por fin, el portador de las pastillas de goma, y tras él, una procesión bulliciosa; así recorrimos la calle principal por entre la gente que se paraba á mirarnos, diciendo en voz alta:—Son los alumnos de primer año de Gramática, que llevan el regalo al profesor Fulano de Tal.—¡Un escándalo! Ahora se hacen las cosas con mayor discreción, individualmente, y sólo algunos de ellos; y más bien lo hacen los padres que no los hijos, y en lugar de goma arábiga se da unto nacional.

Pero aún me falta por decir lo mejor: la escena de la presentación fué por demás divertida. Estaba presente la señora. Ya habíamos ofrecido todo, el profesor había pronunciado su discursillo, exhortándonos á demostrarle nuestro cariño con el estudio más bien que con el vino de Barolo, y estábamos ya á punto de irnos, cuando el de las pastillas, que se había olvidado de hacer su presente, se adelanta, y presentando el paquete como si hubiera presentado la llave de una ciudad, dijo solemnemente:

—¡Señor profesor, aún faltaba esto!—y porque no comprendía bien lo que era, añadió con toda seriedad:—¡Para la tos, señor profesor!.. ¡Día feliz!—Recuerdo que durante algunos, sonó más suave el latín y se suspendió la distribución de los pescozones. Pero, me río yo de los mazapanes!.. A la semana siguiente, el *qui, quae, quod* recobró toda la aspereza del antiguo imperio, comenzaron á granizar los recargos y los capones, y aun el mismo droguerillo tuvo que reconocer que no sirve la goma arábiga para cambiar la marcha de las cosas humanas.